

El ensayo "Estética de la conservación" fue publicado inicialmente en 1938 e incorporado luego a uno de los clásicos absolutos que ha generado el pensamiento ecologista: *A Sand County Almanac (Almanaque del Condado Arenoso)*, la obra cimera del ingeniero forestal y ecólogo estadounidense Aldo Leopold, concluida justo antes de su muerte en 1948. Este libro, donde han hallado alimento intelectual y espiritual varias generaciones de ecologistas en el mundo anglosajón (allí es considerado una verdadera "biblia"), y que dio origen a la ética ecológica como disciplina filosófica de perfiles nítidos, aúna con inimitable frescura las observaciones naturalistas de primera mano y la reflexión de fondo sobre la relación entre el ser humano y la biosfera. El esfuerzo de Leopold a lo largo de toda su vida por llegar a comprender la tierra como un sistema ecológico dinámico, y al mismo tiempo como una comunidad moral de la que todos los seres formamos parte, culmina en el famoso ensayo "La ética de la tierra", cuyo título se escogió para dar nombre a la edición castellana parcial de *A Sand County Almanac (Una ética de la tierra, Los Libros de la Catarata, colección CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO, Madrid 2000)*.

Aldo Leopold nació en Burlington (Iowa) en 1887, cultivó desde niño un intenso interés por la naturaleza, y desarrolló una larga vida profesional primero como ingeniero forestal al servicio de la conservación de los bosques estadounidenses, y después como respetado profesor universitario especialista en la gestión de la vida silvestre. Murió de un ataque al corazón el 11 de abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de un vecino que amenazaba sus propias repoblaciones forestales en la granja familiar *The Shack*. Su libro *Almanaque del Condado Arenoso*, junto con *La primavera silenciosa* de Rachel Carson, son sin duda las dos obras del siglo XX que más profundamente han influido en el desarrollo del movimiento ecologista en EE.UU.

Jorge Riechmann

Aldo Leopold:

Estética de la conservación

(Publicado en *mientras tanto* 87, Barcelona 2003, p. 121-131)

Exceptuando el amor y la guerra, pocas iniciativas se emprenden con semejante abandono, o por individuos tan diversos, o con una mezcla tan paradójica de avidez y altruismo, como ese conjunto de distracciones conocido como esparcimiento al aire libre. El consenso establecido dice que la vuelta a la naturaleza es una buena cosa para la gente. ¿Pero dónde estriba lo

bueno, y qué puede hacerse para favorecer que sea alcanzado? Acerca de estas cuestiones reina la confusión, y sólo las mentes completamente acríicas están libres de duda.

El esparcimiento al aire libre se convirtió en un problema identificable en los días del viejo Roosevelt¹, cuando los ferrocarriles que habían expulsado el campo de la ciudad comenzaron a llevar a habitantes de la ciudad, *en masse*, al campo. Se comenzó a observar que cuanto mayor era el éxodo, menor la ración *per capita* de paz, soledad, vida silvestre y paisajes, y más larga la migración hasta alcanzar esa exigua tajada.

El automóvil ha extendido esta situación, antes local y de no tanta importancia, hasta los límites extremos de las buenas carreteras --ha hecho que escasee en el interior remoto del país algo que antaño era abundante en las cercanías. Pero ese algo tiene que ser encontrado a pesar de todo. Como fotones disparados por el sol, los excursionistas de fin de semana irradian desde cada ciudad, generando calor y fricción por doquiera que van. La industria del turismo proporciona alojamiento y desayuno como señuelo para más fotones, más deprisa, más lejos. Anuncios plantados en cada rincón revelan hasta al último mono dónde se encuentran los nuevos refugios, paisajes, cotos de caza y lagos de pesca, justo más allá de los que acaban de saturarse. Oficinas gubernamentales construyen nuevas carreteras al traspais, y después compran más traspais para absorber el éxodo acelerado por las carreteras. La industria del *gadget* acolcha los choques contra la naturaleza-en-bruto; el conocimiento de la vida en los bosques se convierte en el arte de usar *gadgets*. Y ahora, en la cima de la pirámide de las vulgaridades, el remolque. Para quien busca en las montañas y los bosques sólo las cosas que pueden obtenerse de la excursión o el golf, la situación presente es tolerable. Pero para quien busca algo más, semejante esparcimiento se ha convertido en un proceso autodestructivo de buscar sin encontrar, una de las máximas frustraciones de la sociedad mecanizada.

El retroceso de la naturaleza virgen ante la avalancha de turistas motorizados no es

1 Se refiere a Theodore Roosevelt (1858-1919), presidente de EE.UU. desde 1901 a 1908. Ha pasado a la historia por sustituir la tradicional política exterior aislacionista de su país por la política intervencionista llamada del *Big Stick* ("Gran Garrote"), proclamando en su mensaje al Congreso de 1904 que EE.UU. se reservaba el derecho a "mantener el orden" en todo el hemisferio occidental. Los primeros garrotazos se los llevaron la República Dominicana (1905) y Cuba (1906) en sendas intervenciones militares. Gracias a ello, Roosevelt obtuvo en 1906 el premio Nobel de la paz. Dentro de su país, Theodore Roosevelt impulsó el aprovechamiento pleno de los recursos naturales y la racionalización de su explotación, teniendo en cuenta a las generaciones futuras (con lo cual se ganó una reputación de estadista preocupado por la naturaleza). No debe confundirse con su primo Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), impulsor del *New Deal* y presidente del país entre 1933 y 1945. (N. del t.)

una cuestión local: la bahía de Hudson, Alaska, Méjico, Sudáfrica están abandonando, Sudamérica y Siberia vendrán a continuación. Los tambores a lo largo del Mohawk² son ahora bocinazos a lo largo de todos los ríos del mundo. *Homo sapiens* ha dejado de gandulear bajo su propia higuera y su propia viña; ha llenado su depósito de gasolina con la fuerza motriz almacenada de incontables criaturas que a lo largo de los milenios no dejaron de menearse, abriéndose paso hacia nuevos pastos. El ser humano cubre los continentes como una invasión de marabunta.

Esto es el Esparcimiento al Aire Libre, Último Modelo.

Ahora bien: ¿quién es el que busca esparcimiento, y qué busca exactamente? Unos pocos ejemplos nos lo recordarán.

Echemos una ojeada, primero, a cualquier humedal con patos. Una hilera de autos estacionados lo rodea. Agazapados en cada rincón del cañaveral se hallan numerosos pilares de la sociedad, con el arma automática dispuesta, y el dedo del gatillo ansioso por quebrantar --si la necesidad obliga-- cualquier ley de la *res publica* o el bien público con tal de matar un pato. El hecho de que los cazadores ya se hallen sobrealimentados de ninguna marea atenúa su avidez por recolectar su comida de manos de la Providencia.

Paseando por los bosques cercanos hallamos a otro pilar, a la caza de raros helechos o currucas jóvenes. Dado que su manera de cazar no suele atraer reproches de robo o pillaje, desdeña al matador. Y sin embargo, a lo mejor en su juventud fue uno de ellos.

En algún punto de veraneo cercano hallamos a otro amante de la naturaleza --del tipo que graba versos malos sobre la corteza del abedul. Y por todas partes se encuentra el automovilista no especializado cuyo esparcimiento es el kilometraje, que se ha pateado toda la gama de Parques Nacionales en un sólo verano, y ahora se encamina a Ciudad de Méjico y más al sur.

Por último tenemos al profesional, esforzándose a través de innumerables organizaciones conservacionistas para dar lo que quiere al público buscador de la naturaleza, o para hacerle querer lo que se le puede ofrecer.

² El río Mohawk, en el estado de Nueva York, es afluente del Hudson; su amplio valle es la gran vía de comunicación entre la costa atlántica y los Grandes Lagos. En ese valle habitó la tribu iroquesa de los Mohawk, que formaba parte de la Confederación de las Cinco Naciones. Hoy sus restos viven en las cercanías de Montréal, en Canadá. (N. del t.)

Se podría preguntar: ¿y por qué agrupar a gente tan diversa bajo una única categoría? Porque cada uno de ellos, a su manera, es un cazador. ¿Y por qué cada uno de ellos se considera conservacionista? Porque los seres silvestres que intenta cazar han evitado su dominio, y porque espera lograr que sigan en el mismo sitio gracias a alguna nigromancia de leyes, apropiaciones, planes regionales, reorganizaciones administrativas o alguna otra forma de querencias masivas.

Habitualmente se habla del esparcimiento al aire libre como de un recurso económico. Comités senatoriales nos comunican, en cifras reverentes, los muchos millones que la gente se gasta en su persecución. Es cierto que tiene un aspecto económico --un chalé a la orilla de un lago de pesca, o incluso un puesto para cazar patos en un humedal, pueden costar tanto como la granja de al lado con sus terrenos.

También tiene un aspecto ético. En la arrebatía por los sitios intactos, evolucionan códigos y decálogos. Hablamos de los "modales al aire libre". Adoctrinamos a la juventud. Imprimimos definiciones de "¿Qué es un deportista?" y colgamos una copia de la pared de cualquiera que pague un dólar para la propagación de la fe.

Resulta obvio, sin embargo, que estos fenómenos económicos y éticos son resultados de la fuerza motriz, y no causas. Buscamos contacto con la naturaleza porque con ello obtenemos placer. Como en la ópera, la maquinaria económica se emplea para crear y mantener instalaciones. Como en la ópera, hay profesionales que se ganan la vida creando y manteniendo tales instalaciones, pero sería falso decir que el motivo básico, la *raison d'être*, es económico. El cazador de patos en su parapeto y el cantante de ópera sobre el escenario, a pesar de la disparidad de sus avíos, están haciendo la misma cosa. Cada uno de ambos está reviviendo, como juego, un drama antaño intrínseco a la vida cotidiana. Si se analiza a fondo lo que hacen, ambos se libran a un ejercicio estético.

Las políticas públicas sobre el esparcimiento al aire libre dan origen a polémicas. Ciudadanos igualmente puntillosos mantienen puntos de vista opuestos sobre lo que constituye su base de recursos, y lo que habría que hacer para mantenerla. Así, la *Wilderness Society*³ quiere que no haya carreteras en el interior silvestre del país, y la Cámara de

3 Una de las mayores organizaciones conservacionistas estadounidenses, de la que el propio Aldo Leopold fue cofundador

Comercio quiere aumentarlas, y ambas agrupaciones invocan el esparcimiento. El gestor de la caza mata halcones, y el amante de las aves los protege, en nombre de la caza con arma de fuego y de la caza con prismáticos, respectivamente. Tales facciones suelen estigmatizarse unas a otras con breves nombres injuriosos, cuando de hecho cada una de ellas está considerando diferentes componentes en el proceso de esparcimiento. Estos componentes *difieren sustancialmente en sus características o propiedades*. Una política concreta puede resultar correcta para una de ellas, pero equivocada para la otra.

Por todo ello, se diría que ha llegado el momento de separar los componentes, y de examinar las características o propiedades distintivas de cada uno.

Comencemos con lo más sencillo y evidente: los objetos físicos que el amante del aire libre puede buscar, encontrar, capturar y llevarse. En esta categoría entran las cosechas silvestres de la caza y la pesca, así como los símbolos o marcas de hazañas (tales como cabezas, pieles, fotografías y especímenes).

Todas estas cosas se basan en la idea de *trofeo*. El placer que proporcionan estriba --o debería estribar-- tanto en la búsqueda como en la captura. El trofeo, ya se trate de un huevo de ave, un plato de trucha, una cesta de setas, la fotografía de un oso, una flor silvestre prensada, o una nota deslizada dentro del mojón de piedras que marca la cumbre de una montaña, es un *certificado*. Da fe de que su propietario estuvo en cierto lugar e hizo cierta cosa --que puso de manifiesto destreza, persistencia o discernimiento en la milenaria proeza de vencer, sobrepasar en ingenio o reducir a posesión. Tales connotaciones vinculadas al trofeo normalmente exceden con mucho su valor como objeto físico.

Pero los trofeos difieren en sus reacciones ante la persecución masiva. El rendimiento en caza y pesca puede incrementarse --mediante propagación o gestión de los recursos-- de manera que pueda darse más a cada cazador, o lo mismo a un mayor número de cazadores. En el pasado decenio, apareció la profesión de gestor de la vida silvestre. Una veintena de universidades enseña sus técnicas, y realiza investigación para lograr mayores y mejores cosechas de animales salvajes. Sin embargo, si se llevan demasiado lejos las cosas, este

en 1935, y que ha seguido desplegando una intensa actividad hasta nuestros días. Su sede está en Washington, contaba con 400.000 afiliados a comienzos de los noventa (frente a 650.000 del Sierra Club, fundado en 1892), y edita la prestigiosa revista *Wilderness*. (N. del t.)

avance de los rendimientos está sujeto a una ley de rendimientos decrecientes. La gestión demasiado intensiva de la caza y la pesca rebaja el valor unitario del trofeo al artificializarlo.

Consideremos, por ejemplo, una trucha criada en vivero y liberada recientemente en una corriente donde la pesca fue excesiva. La corriente ha dejado de poder producir truchas de modo natural. La contaminación ha malogrado sus aguas, o bien la deforestación y la erosión han elevado la temperatura y la carga de sedimentos. Nadie sostendría que esta trucha tiene el mismo valor que una completamente silvestre, atrapada en el curso alto intacto de algún río en las Montañas Rocosas. Sus connotaciones estéticas son inferiores, aunque su captura exija destreza. (Tiene el hígado tan destrozado por la alimentación en el vivero, según un autor, que puede presagiarse una muerte temprana). Sin embargo, varios estados donde se incurrió en sobrepesca ahora dependen casi por completo de semejante trucha manufacturada.

Existen todos los grados intermedios de artificialidad; pero a medida que el uso masivo aumenta, tiende a desplazar toda la gama de técnicas de conservación hacia el extremo del artificio, y toda la escala de valores de los trofeos hacia abajo.

Para proteger esta trucha cara, artificial, y más o menos inválida, la Comisión de Conservación se siente obligada a matar a todas las garzas y charranes que aparezcan por el vivero de cría, y a todos los mergánsares⁴ y nutrias que viven en la corriente de suelta. Acaso el pescador no sienta pérdida alguna en este sacrificio de una clase de vida silvestre por otra, pero el ornitólogo se morderá las uñas. La gestión artificializada de la pesca, de hecho, ha proporcionado pesca a costa de otras formas de esparcimiento quizá más valiosas; le paga a un ciudadano dividendos a costa del *stock* de capital que pertenece a todos. El mismo tipo de disparate biológico prevalece en la gestión de la caza. En Europa, donde se dispone de estadísticas sobre cosechas de vida salvaje para series largas, incluso conocemos la "tasa de intercambio" de caza por depredadores. Así, en Sajonia cada halcón muerto supone siete aves de caza en el morral del cazador, y cada depredador de cualquier especie, tres piezas de caza menor en promedio.

Habitualmente, a la gestión artificializada de animales sigue el daño a la vida vegetal -

⁴ *Merganser* es en inglés el nombre vulgar de *Mergus merganser*, pato buceador característico de EE.UU. (N. del 7.)

-por ejemplo, bosques dañados por ciervos. Esto se puede ver en el norte de Alemania, en el nordeste de Pennsylvania, en el Kaibab, y en docenas de otras regiones menos conocidas. En cada uno de estos casos los sobreabundantes ciervos, privados de sus enemigos naturales, han imposibilitado que sobrevivan o se reproduzcan las plantas de que se alimentan. Hayas, arces y tejos en Europa, pinabetes⁵ y cedro blanco en los Estados del este, caoba de montaña y *cliff-rose* en el Oeste, son alimento de ciervos amenazado por los ciervos artificializados. La composición de la flora, desde las flores silvestres a los árboles del bosque, se empobrece gradualmente, y a su vez los ciervos padecen enanismo por malnutrición. En los bosques de hoy no hay cornamentas como las que ornaban los muros de los castillos feudales.

En los brezales ingleses, la reproducción de los árboles se ve impedida por conejos sobreprotegidos en el proceso de cosechar perdices y faisanes. En docenas de islas tropicales tanto la flora como la fauna nativa han sido destruidas por cabras que se introdujeron para carne y caza. Sería difícil calcular las heridas mutuamente infligidas entre mamíferos desprovistos de sus depredadores naturales, y zonas privadas de sus plantas alimenticias naturales. Los cultivos agrícolas comprendidos entre estos hitos superior e inferior de mala gestión ecológica solamente se salvan al precio de indemnizaciones sin cuento y cercas de alambre de espino.

Generalicemos: el uso masivo tiende a diluir la calidad de trofeos orgánicos como la caza y la pesca, y a inducir daño a otros recursos (como los animales que no se cazan, la vegetación natural y los cultivos agrícolas).

Semejante dilución y daño no se muestra en el rendimiento de trofeos "indirectos", como las fotografías. Hablando en términos generales, un trozo de paisaje captado por una docena de cámaras de turistas al día no se deteriora físicamente por ello, y ningún otro recurso padece si la tasa se eleva a un centenar de instantáneas. La industria fotográfica es uno de los pocos parásitos inocentes de la naturaleza virgen.

De manera que, en lo que hace al uso masivo, tenemos una diferencia básica entre dos categorías de objetos físicos perseguidos como trofeos.

Consideremos ahora otro componente del esparcimiento, que es más sutil y complejo:

5 *Ground hemlock* en el original: árboles de hoja perenne del género *Tsuga*. (N. del t.)

el sentimiento de soledad en la naturaleza. Que está adquiriendo un valor de escasez muy elevado para algunas personas lo prueba la polémica sobre la naturaleza virgen. Los defensores de ésta han llegado a un compromiso con las instituciones "construyecarreteras" encargadas de la custodia de nuestros Parques y Bosques Nacionales. Se han puesto de acuerdo en la reserva formal de ciertas áreas sin carreteras. Por cada docena de zonas vírgenes que se explotan, una puede proclamarse oficialmente "naturaleza virgen", y las carreteras llegarán sólo hasta sus límites. Mucho antes de que sus senderos se congestionen, será engalanada con el fin de que trabaje para las CCC⁶, o bien un incendio inesperado hará necesario dividirla en dos con una pista para los bomberos. O bien la congestión inducida por los anuncios estimulará los precios de guías y animales de carga, momento en el cual alguien descubrirá que la política de preservación es antidemocrática. O bien la Cámara de Comercio local, al principio reposada ante la novedad de un traspais oficialmente etiquetado "virgen", prueba la primera sangre de dinero de turistas. Entonces quiere más, con naturaleza virgen o sin ella.

En pocas palabras, la misma escasez de lugares silvestres, en interacción con los *siempre más* de la promoción y la publicidad, tiende a derrotar cualquier esfuerzo deliberado de impedir que se vuelvan aún más escasos.

Es evidente sin más que el uso masivo entraña una dilución directa de las oportunidades de soledad; que cuando hablamos de carreteras, zonas de acampada, sendas y retretes como "desarrollo" de recursos de esparcimiento, hablamos falsamente en lo que hace a este componente. Tales alojamientos para la multitud no desarrollan nada (en el sentido de añadir o crear). Por el contrario, son sencillamente más agua vertida en la sopa ya muy aguada.

A continuación contrastaremos el componente de aislamiento con otro, bien distinto aunque simple, que podemos llamar "aire fresco y cambio de aires". El uso masivo no destruye ni diluye este valor. El turista número mil que atraviesa la puerta del Parque Nacional respira aproximadamente el mismo aire que el primero, y experimenta el mismo

6 Siglas de las *Civilian Conservation Corps*, Unidades Civiles de Conservación, una institución típica del *New Deal* para la cual el mismo Leopold desempeñó en los años treinta algunos trabajos de supervisión (en labores de control de la erosión). Las CCC fueron eliminadas en 1945. (N. del t.)

contraste con la rutina de los días laborables. Incluso podría aventurarse que el asalto gregario a las afueras realza el contraste. Podemos decir, entonces, que el componente "aire fresco y cambio de aires" es como el trofeo fotográfico --soporta el uso masivo sin deterioro.

Abordemos ahora otro componente: la percepción de los procesos naturales a través de los cuales la tierra y los seres vivos sobre ella han desarrollado sus formas características (evolución), y por medio de los cuales mantienen su existencia (ecología). Lo que llamamos "estudio de la naturaleza", pese a que les pone los pelos de punta a los cargos electos, constituye el primer tanteo embrionario de la mente de la masa hacia la percepción.

La característica más sobresaliente de la percepción es que no entraña consumo ni dilución de ningún recurso. El descenso en picado de un halcón, por ejemplo, uno lo percibirá como el drama de la evolución. Para otro será sólo una amenaza contra la sartén llena. El drama puede estremecer a un centenar de testigos sucesivos; la amenaza sólo a uno --porque responde con un disparo.

Promover la percepción es la única fase verdaderamente creativa de la ingeniería del esparcimiento.

Este hecho es importante, y su potencial para mejorar "la buena vida" sólo se entiende imperfectamente. Cuando Daniel Boone⁷ penetró por primera vez en los bosques y las praderas del "suelo oscuro y sangriento", se apropió de la pura esencia de la "América del aire libre". No lo llamó así, pero lo que encontró es precisamente lo que nosotros estamos buscando, y aquí tenemos que habérmolas con las cosas, no con los nombres.

El esparcimiento, no obstante, no son los parajes al aire libre, sino nuestra reacción ante ellos. La reacción de Daniel Boone dependía no sólo de la calidad de lo que veía, sino de la calidad del ojo mental con que lo veía. La ciencia ecológica ha efectuado un cambio en el ojo mental. Ha revelado orígenes y funciones de lo que para Boone eran meros hechos. Ha revelado mecanismos de los que par Boone eran atributos. No tenemos criterios para medir este cambio, pero podemos decir con seguridad que, en comparación con un ecólogo

⁷ Daniel Boone (1734-1820), colonizador estadounidense inmortalizado por Fenimore Cooper en sus novelas (con los nombres de *Carabina Larga*, *Ojo de Halcón*, etc.). En 1769 fundó en Kentucky, por entonces deshabitado, el primer establecimiento permanente, al que dio el nombre de Boonesborough. Al ser desposeído por el gobierno de la Unión, construyó una cabaña a orillas del Missouri, donde se retiró. (N. del t.)

competente de nuestros días, Boone vio sólo la superficie de las cosas. Las increíbles complejidades de la comunidad de plantas y animales --la belleza intrínseca del organismo llamado América, por aquel entonces en todo el esplendor de su doncellez-- eran tan incomprensibles para Daniel Boone como en nuestros días lo son para el señor Babbitt. El único auténtico desarrollo de los recursos de esparcimiento americanos es el desarrollo de la facultad perceptiva de los americanos. Todas las demás acciones a las que enaltecemos con el término "desarrollo" son, en el mejor de los casos, intentos para retrasar o enmascarar el proceso de dilución.

Que nadie se abalance sobre la conclusión de que Babbitt debe doctorarse en ecología antes de que pueda "ver" su país. Por el contrario, el doctor puede volverse tan insensible como un director de pompas fúnebres frente a los misterios donde oficia. Como todos los verdaderos tesoros de la mente, la percepción puede dividirse en fracciones infinitamente pequeñas sin perder su calidad. Las malas hierbas en un solar de ciudad enseñan la misma lección que el bosque de secoyas; el granjero puede ver en sus pastizales lo que acaso no le sea concedido al científico que se aventura en los mares del Sur. La percepción, en pocas palabras, no puede comprarse ni con enseñanza académica ni con dólares; crece en nuestro hogar igual que en tierras extrañas, y quien tiene una poca puede usarla con tan buen provecho como quien tiene mucha. En cuanto búsqueda de percepción, la estampida recreativa no tiene ni pies ni cabeza.

Queda, por último, un quinto componente: el sentido de cuidado de la tierra con manejo prudente⁸. Le resulta desconocido al excursionista que trabaja en pro de la conservación con el voto más que con sus propias manos. Se realiza sólo cuando algún arte de buen manejo es aplicado a la tierra por alguna persona perceptiva. Es decir, su disfrute queda reservado a propietarios de tierra demasiado pobres como para comprar deporte, y a administradores de tierras con ojo agudo y mente ecológica. El turista que compra acceso a un paisaje se lo pierde por entero; igual que el deportista que paga al estado, o a alguno de sus subordinados, para que sea su guardabosque. El Gobierno, que intenta poner el

⁸ *The sense of husbandry* en el original. *Husbandry* es un término muy rico: significa "labranza, agricultura", pero también --en sentido figurado-- "buen gobierno, manejo prudente". He intentado verterlo con la perífrasis que arriba se lee. (N. del t.)

funcionamiento de las zonas de esparcimiento en manos públicas más que privadas, sin darse cuenta está entregando a sus funcionarios sobre el terreno una buena porción de lo que intenta ofrecer a los ciudadanos. Nosotros, los forestales y guardas de caza, en buena lógica deberíamos pagar por nuestro trabajo como custodios de las cosechas silvestres, en lugar de ser pagados por ello.

Que el sentimiento de custodia de la tierra puesto en práctica en la producción de cosechas puede ser tan importante como las cosechas en sí mismas se observa hasta cierto punto en la agricultura, pero no en la conservación de la naturaleza. Los deportistas americanos tienen en poco el cultivo intensivo de los brezales de Escocia (para la caza) o de los bosques alemanes, y en ciertos aspectos no les falta razón. Pero ignoran por completo el sentido de cuidado de la tierra que desarrolla el terrateniente europeo en ese proceso de cultivo. Nosotros no tenemos nada parecido todavía. Cuando concluimos que debemos ponerle subvenciones como cebo al granjero para inducirle a plantar un bosque, o que cobre por la entrada a un coto para incitarle a criar animales de caza, simplemente estamos admitiendo que los placeres del cuidado de la tierra silvestre nos son todavía desconocidos, tanto al granjero como a nosotros mismos.

Los científicos tienen un epigrama: la ontogenia repite la filogenia. Lo que quieren decir es que el desarrollo de cada individuo repite la historia evolutiva de la especie. Eso es cierto tanto de las cosas mentales como de las físicas. El cazador de trofeos es el hombre de las cavernas redivivo. Cazar trofeos es la prerrogativa de la juventud, individual o de la especie, y no hay que disculparse por ello.

Lo inquietante en la situación moderna es el cazador de trofeos que nunca crece, en quien están subdesarrolladas --o caso perdidas del todo-- las capacidades de soledad, percepción, y cuidado de la tierra. Es la hormiga motorizada que asalta los continentes como una marabunta antes de aprender a ver su propio patio trasero, y que consume, pero nunca repone, los recursos de la naturaleza. Para él, el ingeniero del esparcimiento diluye la naturaleza virgen⁹ y artificializa sus trofeos, abrigando la creencia indulgente de prestar un

⁹ He optado por "naturaleza virgen" para traducir *wilderness* (un término clave en *A Sand County Almanac*, y en general en la cultura protoecologista estadounidense que esbozaron Thoreau y John Muir, y que culmina en Aldo Leopold). Otras opciones hubieran sido "naturaleza salvaje" o "naturaleza silvestre", o incluso "desierto" si la palabra hubiese retenido su sentido

servicio público.

Quien busca esparcimiento en los trofeos tiene peculiaridades que contribuyen de una manera sutil a su propia ruina. Para disfrutar tiene que poseer, invadir, apropiarse. Por eso la naturaleza virgen que no puede ver personalmente carece de valor para él. De ahí el supuesto universal según el cual una zona remota que no se usa no está prestando ningún servicio a la sociedad. Para los desprovistos de imaginación, un espacio en blanco en el mapa es derroche y desperdicio; para otros, la parte más valiosa. (¿La porción de Alaska que me corresponde carece de valor porque nunca iré allí? ¿Necesito una carretera que me muestre las praderas árticas, los terrenos de los gansos en Yukon, el oso Kodiak, los prados de ovejas detrás del monte McKinley?)

En pocas palabras, se diría que las formas más rudimentarias de esparcimiento al aire libre consumen su base de recursos; en cambio las formas más elevadas, al menos hasta cierto punto, crean sus propias satisfacciones con escaso o ningún deterioro de la tierra o la vida. Es la expansión del transporte, sin un crecimiento correspondiente de la percepción, lo que nos amenaza con la bancarrota cualitativa del proceso de esparcimiento. El desarrollo de posibilidades de esparcimiento no es cosa de construir carreteras hacia los amables paisajes, sino de construir receptividad en la mente humana todavía poco amable.

Traducción de Jorge Riechmann

Anejo: vida de Aldo Leopold

por Jorge Riechmann

Aldo Leopold nace el 11 de enero de 1887 en Burlington (Iowa), a orillas del río Mississippi, y éste será el pueblo de su infancia. Recibe importantes influencias formativas de su abuelo Charles Starker (ingeniero y paisajista originario de Stuttgart, en Alemania), su padre Carl Leopold (cazador, naturalista y pionero en apreciar el valor moral de la deportividad) y sobre todo de su madre Clara Starker, dotada de una aguda sensibilidad estética, para quien Aldo será el favorito entre sus cuatro hijos. Ya de niño le fascina la naturaleza, practica como

aficionado la ornitología y la historia natural, y en largos paseos, cacerías y excursiones se hacen patentes sus inusuales dotes de observación.

A partir de 1905 estudia gestión forestal en Yale, la primera universidad que había introducido estos estudios (en 1900, y gracias a un donativo de la familia de Gifford Pinchot); y en 1909 comienza a trabajar en el Servicio Forestal de los Estados Unidos (*U.S. Forest Service*) del mismo Pinchot¹⁰, primero en Arizona (Bosque Nacional Apache) y después en Nuevo Méjico. Forma parte de las primeras promociones de una elite de profesionales de la gestión forestal formados según el credo pinchotiano: eficiencia y racionalidad en el aprovechamiento de los recursos naturales.

En 1911 ya es supervisor de una zona de un millón de acres, el Bosque Nacional Carson en Nuevo Méjico. El mismo año se enamora de Estella Bergere, una acaudalada señorita hispana de Santa Fe¹¹, y se casan en octubre de 1912. "Ella fue el centro de la vida de Leopold"¹². Después de una grave nefritis (en 1913) y dieciocho meses de convalecencia, pasa a hacer más trabajo de oficina y menos al aire libre; su interés se desplaza hacia la gestión faunística, donde será un verdadero pionero. En 1915 se convierte en la fuerza impulsora de la *New Mexico Game Protective Association*, organización que reclamaba la racionalización de la gestión de la caza y la pesca en el estado.

En 1917 Leopold ya es una figura reconocida por sus éxitos en el Suroeste, y comienza a publicar regularmente artículos sobre su especialidad en publicaciones periódicas de ámbito nacional. A finales de la década su pensamiento está evolucionando notablemente: desde su inicial concepción tecnocrática de la gestión forestal y faunística, va pasando a una visión preservacionista crecientemente preocupada por la pérdida de naturaleza silvestre en Norteamérica. Si en su programa inicial la maximización de la caza (ciervos, cabras montesas, etc.) implicaba el exterminio de los grandes predadores (lobos, pumas...), en años posteriores llegará a verlo como un grave error y se arrepentirá amargamente¹³. Históricamente Leopold será considerado el "padre" del sistema de protección de la vida silvestre dentro de los Bosques Nacionales.

En 1924 deja el Servicio Forestal para convertirse en director asociado del Laboratorio de Productos Forestales de Madison (Wisconsin); antes ha logrado convencer a sus jefes para que otorguen protección a 500.000 acres del Bosque Nacional de Gila en Nuevo Méjico (que así se convierte en la primera área preservada del sistema de Bosques Nacionales estadounidense). Insatisfecho con su trabajo en el laboratorio, lo abandona en 1928. Entonces trabaja como consultor independiente para cuestiones forestales y faunísticas. En 1933 publica su obra *Game*

10 El sistema de los *National Forests* en EE.UU. se había empezado a construir en 1891, con la aprobación por el Congreso de la *Forest Reserve Act*, que facultaba al presidente para crear reservas forestales.

11 El patriarca de la familia, Solomon Luna, controlaba un verdadero imperio ovino, y hacía remontar su estirpe a la nobleza medieval española.

12 Curt Meine: "Aldo Leopold's Early Years", en J. Baird Callicott: *Companion to 'A Sand County Almanac'*, The University of Wisconsin Press, Madison 1987, p. 29.

13 Véase Susan Flader: *Thinking Like A Mountain. Aldo Leopold and the Evolution of an Ecological Attitude Toward Deer, Wolves, and Forests*. University of Missouri Press, Columbia. 1974. (Reedición en University of Wisconsin Press, 1994).

Management (Gestión de la fauna), trabajo pionero e interdisciplinar donde se combinan nociones procedentes de la agricultura, la ciencia forestal, la zoología, la ecología y la pedagogía con el objetivo de proporcionar una base sólida a la gestión de la fauna silvestre. Poco después de la publicación de este libro, la Universidad de Wisconsin crea para él una cátedra de gestión de la fauna, donde impartirá docencia hasta su muerte.

A mediados de los años treinta Leopold ya ha alcanzado la madurez de su pensamiento, y está en posesión de las líneas maestras de un revolucionario sistema ético donde la naturaleza se integra a la vez que los seres humanos (ideas que hallarán su expresión más acabada en *A Sand County Almanac*). En 1935, junto con otros ocho influyentes preservacionistas, funda la organización *The Wilderness Society*. El mismo año compra una granja muy deteriorada cerca de Baraboo, en Wisconsin, en una zona conocida como *los condados de arena (the sand counties)*.¹⁴ Con la ayuda de su familia --su mujer Estella y sus cinco hijos-- quiere poner en práctica sus ideas de restauración ecológica recuperando aquella tierra degradada. Reconstruyen un gallinero como cabaña --*The Shack*, "la choza"-- para sus estancias de fin de semana, durante las cuales plantarán miles de árboles en los años por venir, restaurando una rica biodiversidad. Tales experiencias alimentan la que será su obra más conocida, *A Sand County Almanac (Almanaque del Condado Arenoso)*, en la que trabaja desde 1941 ¹⁵.

Leopold muere de un ataque al corazón el 11 de abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de un vecino que amenazaba sus propias repoblaciones forestales¹⁶. Poco antes, había sido nombrado consejero para conservación de la naturaleza de las NN.UU. Su obra principal, el conjunto de ensayos *A Sand County Almanac*, que con una prosa a tramos no exenta de lirismo combina precisas observaciones de la naturaleza, valoraciones estéticas y razonamientos morales, se publica póstumamente en 1949, y en el mundo anglosajón ha ejercido una inmensa influencia en la orientación del movimiento ecologista, así como en la reflexión moral sobre cuestiones ecológicas¹⁷.

14 Tiene interés recordar que inicialmente lo que buscaba la familia Leopold no era más que un refugio de caza, desde donde practicar la caza del ciervo con arco y flecha. Véase Leopold, prólogo de 1947 a *A Sand County Almanac*, en J. Baird Callicott: *Companion to 'A Sand County Almanac'*, op. cit., p. 287.

15 Aunque el origen de muchos materiales es más antiguo (por ejemplo, "Estética de la conservación" se había publicado en 1938). Hay que entender *A Sand County Almanac* como la obra de toda una vida de experiencia, estudio y reflexión.

16 Tras su muerte se creó una fundación, denominada primero The Aldo Leopold Sand County Trust, y a partir de 1983 The Aldo Leopold Foundation, con el objetivo de proseguir su trabajo y preservar la granja familiar junto al río Wisconsin (hoy convertida en la Aldo Leopold Memorial Reserve). La fundación desempeña tareas de educación ambiental, restauración ecológica e investigación científica. Su dirección: E-12919 Levee Road, Baraboo, Wisconsin, 53913 USA. Correo electrónico: leopold @ baraboo.com

17 Un ejemplo puede hallarse en el libro seminal de Van Rensselaer Potter *Bioethics: Bridge to the Future* (1971), dedicado a Aldo Leopold. Por otro lado, hay que mencionar que en los años cuarenta Leopold tuvo dificultades al buscar editor para su manuscrito; sólo se vendieron unos veinte mil ejemplares hasta el despegue del moderno movimiento ecologista en los sesenta; y a partir de ahí tuvo lugar una verdadera explosión, con más de un millón de ejemplares de sus varias ediciones vendidos en los sesenta, setenta y ochenta.